

CRISTIAN CRUSAT

SUJETO

ELÍPTICO

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: febrero de 2019

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: *Premier mariage* (detalle), de Khalid Assallami

© Cristian Crusat, 2019

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2019

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-95-4 • DEPÓSITO LEGAL: V-19-2019

Impreso en GZ Printek

*Para mi hijo Bruno,
inaugural, radiante tifaouin.*

NOTA

ESTE libro es sobre todo la declaración de una ausencia (aunque también podría haberse dicho que representa por momentos la constatación de una ausencia, siquiera a nivel lingüístico). No obstante, el lector advertirá que a menudo el discurso finge y actúa como si no pasara nada, tejiendo las consabidas congruencias: yo, tú, él, etcétera. Émile Benveniste, que había nacido en la ciudad siria de Alepo, esbozó hace ya muchos años una teoría lingüística de la persona verbal, la cual ilustraba mediante definiciones extraídas de la gramática árabe. La primera persona (yo) es *al-mutakallimu*, es decir, “el que habla”. La segunda persona (tú) es *al-muhatabu*, esto es, “al que se dirige uno”. Pero la tercera persona (él, ella) es nada, es nadie, por lo que sugiere la desposesión de una identidad constitutiva; se trata de *al-ya'ibu*: “el que está ausente”. Aunque el amor a media tarde, los viajes y la literatura representan cómodos atajos en la huida de uno mismo, no es menos cierto que dejar de comprender implica en muchos sentidos desaparecer y ausentarse. Sobre la base de estas consideraciones, cabe afirmar que las siguientes páginas son fruto de la incompreensión absoluta y la perplejidad alegre, amén del temor nocturno a que la muerte sea la triste proyección de una película pornográfica (sueca) durante toda la eternidad. También constituyen un modestísimo homenaje a cierta forma de sentir las cosas y de olvidarlas.

El título del libro, por su parte, remite a los viejos análisis sintácticos, a aquellas oraciones cuyo sujeto no se expre-

saba de forma explícita –y, pese a todo, podía inferirse hipotéticamente–. A lo que parece, la gramática consiente unas mínimas cuotas de ficción... Otros lo llamaban «sujeto omitido», pero esta denominación resulta mucho más severa y prosaica. Dejémoslo, en fin, en que uno a veces percibe que ha salido de su propia vida –como el codo tras un mal apoyo del brazo– y que, mientras tanto y en tercera persona, ha de ocupar su tiempo y ceder la mirada. Dice un poema del libro abierto junto al teclado, de Tomás Segovia: «Desarropados pero solidarios / Nos damos ánimos los unos a los otros / Seguros de que el día va a algún sitio / Aunque él mismo se empeñe en ignorarlo».

Quizá dicha ignorancia sea el principal motivo por el que debemos seguir avanzando entre marañas de pronombres, lenguas ajenas y este vaivén de ausencias que ya encarnamos.

C. C.

Agadir (Marruecos)

Enero de 2015 (o del año 2965 según el calendario amasigh)

IMASIGHEN (I): ENIGMAS
DE CUANTO QUEDÓ ATRÁS

COMO los enigmáticos escitas de la estepa euroasiática, cuya procedencia se tiñe de misterio más allá de los túmulos floreados que levantaron y de las crónicas redactadas por el griego Heródoto, existió y sigue existiendo en el norte de África otro pueblo que nunca ha desvelado sus orígenes con claridad. Estas tribus indígenas del norte y el oeste de África –con quienes los fenicios intercambiaban paños o cerámicas por marfil y plumas de avestruz– recibieron tradicionalmente el nombre de bereberes, un término cada vez más en desuso y probablemente injusto. Como los escitas, estos bereberes tampoco cultivaban la escritura, lo cual acrecienta el misterio sobre su procedencia. Historiadores, narradores y poetas, no obstante, se encargaron de adensar el secreto en torno a sus cuerpos altos y delgados y a su piel como de arcilla empapada. La ciudad blanca de Hadrumeto, Sheshonq I, el dios Amón y la diosa Tanit, las mujeres de senos metálicos y voz tibia, o Dido, inmortal princesa de Tiro, han quedado irremediabilmente asociados en la imaginación popular a la cultura bereber, así como una retahíla de interrogantes encerrados igual que un delicado fruto en la rígida cáscara del mito. Se ha repetido que los bereberes son partidarios de la pereza, la amistad, la elocuencia, la discreción y los proverbios. También, de los enigmas ingeniosos (ejemplo: «Uno entra. Dos llaman a la puerta. ¿De qué estoy hablando?»). Inaprensibles, mudables y, sin embargo, constantes a lo largo de la Historia, los bereberes constituyen una de las metáfo-

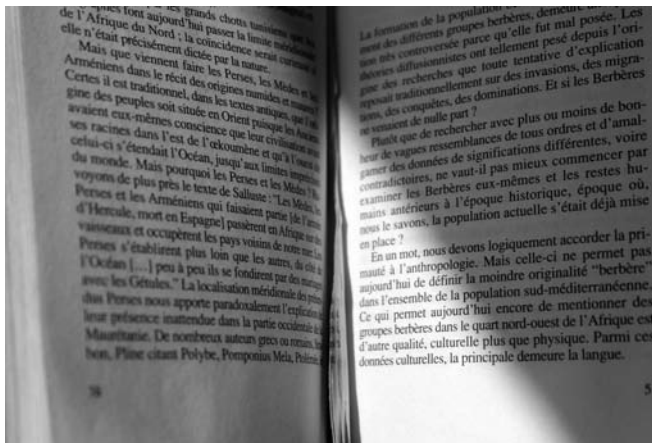
ras más certeras de la esencial *otredad* del ser humano, pues hasta su nombre les fue impuesto por los demás.

Un buen ejemplo de la naturaleza escurridiza de los bereberes se halla en *esta* biblioteca marroquí. Si alguien se toma la molestia de consultar una monografía sobre la memoria y la identidad bereberes, no encontrará absolutamente nada en relación con los albores de este pueblo, tan sólo una especie de hiato encuadernado. Si, confuso, regresa al índice, confirmará que existe un capítulo dedicado al asunto: a sus orígenes, a las leyendas antiguas y a los hombres protomediterráneos. Y, pese a todo, no lo encuentra; no están los bereberes, se hallan desaparecidos.

(Un vacío se hunde hasta la página 51, en cuyo margen izquierdo sobresale una irregular cuchilla de papel.)

Resulta que estas páginas han sido arrancadas por alguien. Tan sólo este apartado; ningún otro aspecto ni capítulo del libro.

Los orígenes bereberes han sido literalmente guillotinado.



Los especialistas coinciden en señalar que no hay una única lengua bereber que refleje la unidad consciente de esta comunidad, ni –en puridad– un pueblo bereber. Menos aún, una raza bereber. Todos están de acuerdo. Y aquella monografía de Gabriel Camps, profesor de la antigua Université de Provence Aix-Marseille I, carece ahora del capítulo de los orígenes, los oculta voluntariamente, mutilándolos.

Pero los bereberes existen aunque *se les ausente*.

Mediante más de tres mil dialectos, los bereberes manifiestan una clara conciencia de su unidad lingüística. Los habitantes de tierras lejanas permanecen en comunicación y se reconocen entre ellos gracias a un notable vocabulario de uso corriente, común a la mayoría de los dialectos. Se trata de la dispersa unidad de una lengua parcelada y apenas escrita, antigua, geométrica y consonántica; el alfabeto utilizado para transcribir las lenguas bereberes resulta tan esotérico que parece forjado en alguna región imaginaria al norte de Tlön.

«Todo permanecer oculto encierra en sí el respecto a aquello de lo que lo oculto se retira, pero a lo que en algunos casos, por ello mismo, permanece inclinado.» (Martin Heidegger.)

O de otro modo: «Acaso sólo quede ver a los países invisibles. Es posible que en ellos se pueda encontrar una de las pocas vías a una frontera». (Eduardo Lalo.)

Tan sólo en el territorio marroquí se habla bereber de norte a sur, desde el valle del río Draa hasta la ciudad de Taza; en las cordilleras del Atlas, el Anti-Atlas y el Alto-Atlas; y, más al norte, hasta el Rif. También se hallan extensas regiones berberófonas en Argelia, especialmente en la Cabilia y varios oasis del desierto. Y se escucha entre los nómadas camelleros tuaregs que recorren ese inmenso triángulo de tierra comprendido entre Libia, Argelia, Malí y Níger; entre oasis vegetales y los nuevos y etéreos oasis radioeléctricos: dunas